

# “Recordad, almas dormidas”: una descripción de la práctica ritual de los animeros de las parroquias de Guanando y La Providencia, Ecuador

Paola Cristina López Durán  
Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador

## RESUMEN

En esta investigación se describe quiénes son los animeros de las parroquias de Guanando y La Providencia, en la zona rural de la provincia de Chimborazo, Ecuador; en qué consiste su práctica ritual, su devoción por las almas de los muertos y cómo opera su mediación entre los vivos y los difuntos. La metodología empleada en la presente etnografía —realizada como parte de una tesis de maestría en estudios de la cultura— consistió en la recopilación de testimonios de tales personajes, de los habitantes de las localidades y la documentación audiovisual registrada. Aunque los animeros se definen a sí mismos como “servidores de almas”, es factible pensar en ellos como una autoridad espiritual en torno a la devoción a las almas, pues en la práctica guían procesiones, rezos y cánticos para los muertos sin la intervención de un religioso.

*Palabras clave:* animero, muerte, ritual, etnografía, Día de los Difuntos, cementerio, devoción, almas.

## ABSTRACT

This research aims to describe the animeros in the rural communities of Guanando and La Providencia (Chimborazo, Ecuador), their practice and their role in mediation between the living and the dead. The methodology used in this ethnographic research—which is part of a master’s thesis in Cultural Studies—was to compile testimonies from these men and the inhabitants of the localities, as well as audiovisual documentation of the practice. Although *animeros* define themselves as “servants” of souls, it is possible to think of them as spiritual authorities operating around the devotion to souls, because they lead processions and prayers for the dead, without the intervention of a priest.

*Keywords:* animero, death, ritual, ethnography, Day of the Dead, cemetery, devotion, souls.

La víspera del Día de los Difuntos, los animeros, hombres encargados de pedir a los vivos un rezo por las almas de los muertos, se preparan para cumplir con un ritual que se lleva a cabo durante noviembre en las parroquias de Guanando y La Providencia, provincia de Chimborazo, en el centro andino de Ecuador.

A la medianoche del 1 de noviembre caminan hacia el cementerio de su comunidad, se colocan una túnica blanca y toman una bandeja en la que reposa una calavera. Con la mano libre sujetan una campanilla y la agitan para despertar a los muertos y hacer un pedido para los vivos: “Recordad, almas dormidas de ese profundo sueño,/ rezarás un padrenuestro y un avemaría/ por las benditas almas del santo purgatorio/ y por amor a Dios”.

Con tales versos empiezan sus recorridos en ambas parroquias. Se detienen en cada esquina, repiten el canto y esperan a que los habitantes de las localidades salgan de sus casas a rezar por los difuntos y a depositar una limosna con la que al final del mes pagarán una misa por la salvación de las almas del purgatorio.

Hasta 1944, Guanando y La Providencia fueron un solo territorio. A partir de entonces La Providencia quedó considerada como parroquia y dejó de llamarse Calle Pata. Aunque ahora son territorios distintos, comparten la práctica ritual de los animeros, sujetos que transitan por la frontera entre los vivos y los muertos mediante la devoción por las almas de los difuntos, a las cuales les atribuyen protección en momentos difíciles.

El canto de los animeros, cuya distribución geográfica en el territorio ecuatoriano explico adelante, se divide en dos llamados. El primero es una invocación a las almas que reposan en el camposanto. Al decir: “Recordad, almas dormidas de ese profundo sueño”, el animero despierta a los espíritus para iniciar un recorrido durante el cual recoge rezos u oraciones para el descanso y la salvación de las almas, sobre todo de aquellas que, según creen, están en el purgatorio o han sido olvidadas por sus familiares. La segunda parte del canto está dirigida a los vivos: “Rezarás un padrenuestro y un avemaría/ por las benditas almas del santo purgatorio/ y por amor a Dios”. El pedido es claro y evidencia una relación con el catolicismo, del cual los animeros que fueron entrevistados se declaran practicantes.

Ambas partes del canto denotan la intermediación de estos personajes entre la vida y la muerte. Es posible considerar su figura, la cual porta elementos de ambos espacios, como un punto de unión entre ellos. Por una parte, según la creencia de los animeros una procesión de almas camina detrás de ellos. Por otra, frente a estos hombres se detienen los vivos para entregar una limosna —reunida para pagar una misa por las almas de los fieles difuntos, el último domingo de noviembre—, además de besar el crucifijo y la calavera que ellos llevan en una señal de que su clamor ha sido escuchado.

Para los animeros, su papel es el de “servidores” de almas, aunque se les puede considerar como una autoridad espiritual en torno a la devoción a las almas, pues durante su ritual guían procesiones, rezos y cánticos para los muertos, sin necesidad de que medie la intervención de un religioso. Además, en torno a su figura los pobladores de las parroquias han tejido relatos donde son protegidos por las almas mientras cumplen su función.

Nahin Mazón, animero de Guanando, explica: “[El animero] es un servidor de las almas que solicita que se acuerden y recen por ellas [...] A una persona, cuando muere, la dejan en el cementerio, olvidada. Está bien, es el cuerpo, pero su energía: eso se mantiene [...] Entonces no hay que olvidarla, porque ya cuando la olvidas, ¿cómo se defiende esa alma en el proceso de purificarse? Ayudamos”.

Job Montero, un animero de La Providencia, aclara que la devoción por las almas no se encuentra reñida con la devoción a Dios, pues estos hombres se consideran practicantes de la fe católica. “Servir a Dios es una cosa y servir a las almitas es otra cosa. Dios es padre eterno único y solamente a él hay que adorarle. En cambio, a las almitas es otra cosa. Es a quien nosotros debemos servirle”, comenta, y agrega lo siguiente para explicar las razones que los llevan a convertirse en animeros de manera voluntaria: “Nosotros rogamos por ellas, por la salvación de ellas. Tal vez muchas almitas están aún en pena. No hay quien se acuerde de ellas. Hay muchas almitas que son olvidadas y nosotros, como animeros, pensamos que con nuestras oraciones podemos alcanzar misericordia de Dios y que tengan la salvación eterna”.

La devoción por las almas —que en parte se expresa en los velorios, los traslados al cementerio y los entierros— presente en Guanando y La Providencia resulta clave para entender, en el marco de la religiosidad popular, la práctica de los animeros y las explicaciones que ellos mismos proveen acerca de su actividad, la cual no se contrapone con los “principios eclesiásticos”, como los llama Eugenia Villa Posse (1993), sino que coexiste en espacio, tiempo, imágenes y devociones.

[...] la forma como estos sectores de población expresan sus creencias y comportamientos ante lo sagrado están más acordes con las costumbres, las tradiciones, los modos de vida y las condiciones socioeconómicas de los grupos humanos rurales y urbanos, donde estas devociones se manifiestan colectivamente [...]

La religiosidad popular pertenece al pueblo, tiene sus raíces en el pasado aborigen de religiones cósmicas (como Mircea Eliade denomina la religiosidad de los grupos humanos que viven inmersos en la naturaleza) y constituye un conjunto organizado de creencias mágico-religiosas, transmitidas por tradición oral, aunque influidas de todos modos por el

proceso histórico seguido por las creencias y prácticas de la religión oficial. Por su misma naturaleza la religión popular es de carácter sincrético [Villa, 1993: 67].

Enrique Dussel va un poco más lejos en esa categoría, la cual es transversal a esta investigación, y plantea que la religiosidad popular es un campo en conflicto donde se disputan intereses de una cultura popular y prácticas hegemónicas. Él señala que los sujetos constituyen un mundo religioso o un sistema de creencias que dan sentido a la vida cotidiana, al dolor, a la muerte y al trabajo, entre otros aspectos. El deseo de alimentar al espíritu con oraciones son formas de aliviar entre los vivos la ruptura que genera la muerte por la separación física. De acuerdo con Villa, éste es el punto de partida para el culto a los muertos.

La importancia cultural del culto a los muertos reside en que las relaciones afectivas de los vivos con sus muertos no se rompen con la muerte, sino que, desprendiéndose de la creencia en la existencia de otra vida y la esperanza del futuro reencuentro, los lazos entre unos y otros no sólo se mantienen, sino que se estrechan de un modo especial gracias al vínculo sagrado que los consolida [Villa, 1993: 123].

La esperanza de un reencuentro con los seres queridos fallecidos es también la base del culto al alma de los muertos y se apoya en la creencia generalizada de que hay vida después de la muerte. Ofrendas como flores, comida, rezos y cantos aseguran a los vivos que esas almas descansan en paz y viven a plenitud en un nuevo estado.

El sacerdote Jaime Álvarez, párroco de Penipe y sacerdote de Guanando y La Providencia, explica que para los católicos —mayoría en ambas parroquias— “la muerte es un paso a la vida. No morimos, nos transformamos. Estamos aquí para ser constructores en comunidad de primicias del reino de Dios. Aquí no está la plenitud. Aquí están la primicias”. Y agrega que la devoción al alma de los muertos “se manifiesta así: clamando para ellas un padrenuestro y un avemaría”.

Aunque el sacerdote expresa “respeto” por aquella práctica —por tratarse de una expresión cultural—, señala que la Iglesia no la alienta, y es crítico con actividades que, según dice, “folclorizan” el ritual de los animeros, como aquellas en que se convierte en un atractivo turístico. Entonces sí la pone en entredicho. Así expresa su posición:

Ahí hay unos que seguramente rezarán, otros que van sólo por la curiosidad de ver pasar un hombre vestido de blanco. Entonces no estoy convencido de que sea tan eficiente y tan eficaz como oración [para las almas]. También un alcalde en Riobamba [capital de la provincia

de Chimborazo], por alimentar el 2 de noviembre, llevó a varios animeros para hacerlo en Riobamba y terminó después todo con un acto folclórico al lado del cementerio, con música y cosas así. Y participó muchísima gente, pero años después los animeros de la zona nuestra, por lo menos, no volvieron.

Los animeros entrevistados —nueve en total, de ambas parroquias— coinciden en que la devoción por las almas los lleva a elegir formar parte de esta práctica; además confían en que ellas son entes de protección. La relación es de doble vía: en un sentido, ellos oran para pedir por la salvación eterna de las almas de los muertos, y por el otro consideran que, al entregarles sus rezos ellas, pueden cuidarlos en agradecimiento.

Para ser animero, el primer paso consiste en dialogar con los hombres más ancianos o con aquellos que ya tengan experiencia en la práctica. Ellos son los encargados de instruir al futuro animero en cuanto a la devoción a las almas, la importancia de la fe en Dios, y de enseñarle el canto principal —citado al inicio de esta reseña— y otra canción denominada *Apaga el fuego*, entonada en las noches de noviembre frente a la iglesia, en presencia de los habitantes, y en el cementerio, después de la misa que se ofrece el último fin de semana de noviembre en memoria de las almas de los difuntos.

Luego el animero se encarga de preparar y conseguir los elementos de su traje: túnica blanca, una campanilla, un fuate o látigo y una calavera, que por lo común pertenece a un familiar. Para extraer el cráneo estos hombres piden la autorización de sus allegados y lo guardan con celo en sus hogares.

Estos elementos son bendecidos por un sacerdote durante la ceremonia que los animeros llaman de “consagración”. El 28 de noviembre de 2015 se documentó este paso final de los animeros en la parroquia de La Providencia, realizado a la par de la misa que éstos ofrecen por la salvación de las almas.

En esa ocasión, el sacerdote que acudió a dar la misa y bendijo a los hombres que se consagraron como animeros señaló:

El purgatorio no es un lago de fuego ni es como el [volcán] Tungurahua, con mucho fuego. Es la pena, la angustia de aquellos que llegan a la eternidad y fueron ya juzgados por el divino redentor. Al enamorarse, al querer como María Magdalena abrazar a Jesús, encontrarse en su presencia, en su divinidad, son rechazados porque son culpables todavía de cuánta cosa, cuántas equivocaciones, omisiones [...]

Ser misionero para que las almitas salgan del purgatorio por la oración de sus compañeros del pueblo, de los lugares por donde atraviesan cantando, suplicando, excitando al rezo, a la plegaria y a la intercesión [...]. Si me pagaran mil dólares por cada noche, no haría este

trabajo. El miedo, el susto, el frío, no sé cuántas cosas: es algo especial, algo único en este sector del Ecuador el ser animero. Ser animero es ser un apóstol. Por eso agradecemos en esta eucaristía ese carácter, esa fuerza, esa voluntad con que realizan esta misión que Dios les ha dado. No es una afición, un *hobby*. Así ellos han escogido. Es una misión sagrada.

La consagración es el momento en que se puede apreciar una coexistencia entre esta práctica de la religiosidad popular y la oficial del catolicismo. Si bien los animeros no se asumen como autoridades espirituales, ellos guían los rezos y cantos por la salvación de las almas del purgatorio, y la participación de los habitantes en el ritual les confiere un reconocimiento tácito dentro de sus parroquias.

### *Discusión*

Los animeros de Guanando y La Providencia, los sitios escogidos para este trabajo, no son los únicos que realizan ese ritual en Ecuador. Durante un breve rastreo de la práctica se encontró que se lleva a cabo en otras zonas de la sierra ecuatoriana: en la misma provincia de Chimborazo, en Quimiag, Bayushig, Cubijtes, Yaruquíes, Riobamba y Penipe; además ocurre en el cantón Patate, de la provincia de Tungurahua, y en la parroquia Puéllaro de la provincia de Pichincha, todas ellas con población mestiza.

Un caso particular y más estudiado es el del animero de Caldera, en el valle del Chota, ubicado en los límites entre las provincias de Imbabura y Carchi. La población de esa zona es afroecuatoriana y la práctica posee algunas variantes, descritas por la antropóloga Daniela Peña (2012). Otra autora que ha trabajado este caso es Federica Peters (2015). Ambos estudios son un aporte valioso debido a la falta de documentación académica en cuanto al caso del centro andino, y una guía fundamental en la presente investigación, además de los registros de prensa localizados sobre los animeros, los cuales han permitido hacer un mapa de los lugares donde se realiza el ritual.

La comparación con el caso afrochoteño es un camino para identificar pistas sobre el origen de la práctica. Aunque el presente texto tiene como objetivo describir el ritual de los animeros de Guanando y La Providencia, de igual modo pretende abrir preguntas acerca de estos personajes. Una de ellas es cuál es el origen de la práctica y cómo ha cambiado con el tiempo, si es que lo ha hecho.

Peña apunta que en la zona del valle del Chota el ritual es conocido como el “saque de almas”, que ocurre a lo largo de octubre. Cubierto con un poncho de lana y llevando en sus manos un palo que hace las veces de bastón y una campanilla, el ani-

mero inicia su recorrido en el cementerio. Peters (2005: 28) señala que en la cuenca del río Mira, en particular en San Juan de Lachas, el animero busca a las almas en el cementerio y las lleva en procesión: “Después de la una de la mañana, junto con el animero, las almas regresan al cementerio, donde él las encierra. Regresan al encuentro con Dios y el animero, protegiéndose otra vez con unas oraciones, regresa a su casa”.

El canto del animero afrochoteño de la localidad de Caldera es diferente al del centro andino y lleva por nombre *Grito de las almas*. Los versos dicen:

Oíd gritos, oíd ayees/ y escucha tristes gemidos/ de tus parientes y hermanos/ que en fuego viven cautivos./ Vengan todos, aliviemos/ a nuestros padres y hermanos/ de esas penas, de ese fuego,/ de esos terribles tormentos./ Levanten, hermanos míos,/ a rezar un padrenuestro/ y un avemaría/ con las benditas ánimas,/ las del purgatorio,/ por el amor de Dios [Peña, 2012: 9-10].

En el caso del animero afro, éste canta tres estrofas, compuestas de cuatro y seis versos, mientras que el chimboracense canta una estrofa de cuatro versos. Si bien la extensión es diferente, se evidencia que la última estrofa del canto afro es similar a la andina. Palabras como “levanten” y “recordad” componen el inicio y son un llamado para que los espíritus salgan de los cementerios y despierten del sueño de la muerte. También en ambos casos está el pedido de rezar “un padrenuestro y un avemaría [por las] benditas almas/ánimas del santo purgatorio”. El ruego se hace en los dos cantos “por amor a Dios”.

Otra diferencia es que los animeros afrochoteños reciben una contestación en forma de salve por parte de los habitantes. En este caso las personas esperan en sus casas y responden detrás de la puerta, mientras que en las parroquias estudiadas los pobladores esperan al animero fuera de sus hogares, y algunos se congregan cerca de la iglesia para, una vez terminado el recorrido, entrar al cementerio y orar junto a las tumbas.

En ambos animeros reside la creencia de que una procesión de almas camina detrás de ellos para recibir los rezos de los vivos, por lo que tienen como regla nunca volverse para mirar porque, según dicen, verían a los espíritus.

Peña indica que “[...] los animeros no pueden regresar a ver porque atrás de ellos van las almas. Tampoco pueden llegar a las puertas de las casas de frente, tienen que hacerlo de costado. En cada casa se detienen para rezar y cantar el Grito, que en su letra católica describe el dolor de la Virgen por la muerte de su Hijo” (Peña, 2012: 14-15).

Nahin Mazón, el animero de Guanando, también destaca la creencia de no volverse para mirar hacia atrás ni regresar por la misma calle porque ocurren “cosas malas”. Así su experiencia: “Me daba miedo y me daba ganas de regresar a ver, pero no puedes regresar a ver. Ésa es una norma. Dicen que las almas te siguen y tú no puedes regresarles a ver. Entonces no quiero comprobar, hay leyendas e historias de cosas malas que han pasado cuando han regresado a ver”.

En estas creencias también participan los pobladores del valle del Chota y las parroquias de Guanando y La Providencia, pues en torno a la figura del animero se han tejido relatos que dan sentido a esta práctica y a su devoción por las almas.

En el valle del Chota, Peña recoge el testimonio de Carlos Espinoza, quien cuenta un relato de su tío:

El señor animero ha tenido un enemigo, y aprovechando que él anda solo así, la noche con las almas ha salido pues a pegarle detrás, pero no le ha sabido, el animero no le ha hecho nada a la persona que anda, pero dicen que las almas le han dado demás, cosa que era enfermo, oiga, pero sin hacerle nada al señor, sólo las almas decían, por eso nadie se atreve a enfrentarle al señor cuando está así cantando [Peña, 2012: 14].

En el caso de Guanando, Francisco Ocaña, habitante de esa parroquia, dice que las almas “les acompañan. Uno no oye, pero cuando está una persona que le vaya a hacer daño no les deja; la bulla viene atrás y el que va a hacer daño cree que hay rumor de gente”. El propio Ocaña relata que, en una ocasión, un grupo de jóvenes intentó asustar a un animero. Cuando él estaba por pasar, uno de los muchachos se cubrió con una sábana y se acostó en medio del camino. El animero siguió por un lado. Cuando los amigos del joven fueron a verlo, el otro había muerto.

Estos relatos dan cuenta del reconocimiento de los animeros entre la comunidad, lo cual refuerza el planteamiento de que ellos hacen las veces de guías cuando se trata de la devoción a las almas y como un nexo entre la vida y la muerte al ofrecer oraciones a los difuntos.

Los habitantes de las parroquias cuentan de manera repetida esas historias cuando se les pregunta acerca del animero y la devoción a las almas. Ellos atribuyen tal acontecimiento a la “protección” que este personaje recibe de los espíritus por ser quien se ocupa de orar por ellos.

De acuerdo con Villa, en ese intercambio de doble vía con las almas subyace un temor que hace que los vivos procuren darles a los muertos paz en sus tumbas. Citando a Vincent Thomas, la autora señala:



Cuando Vincent Thomas ha caracterizado el miedo a la muerte lo ha hecho en tres tipos de miedo: el primer miedo está dado por miedo a mi propia muerte, el segundo por el miedo a lo que sigue después de mi muerte, miedo atenuado por la creencia religiosa de la esperanza de la existencia de otra vida después de ésta, y, por último, el miedo que vamos a considerar en este trabajo, el miedo a que regresen los muertos, miedo que se encuentra bastante extendido en las culturas humanas. El terror que el ser humano padece frente al posible regreso de sus muertos y a todo tipo de apariciones del más allá es causa principal del culto a los muertos, cuya función reside básicamente en lograr que éstos descanen en paz [Villa, 1993: 122].

Existe un temor adicional que ha echado raíces en la idea de que el alma de los muertos influye en los vivos:

El miedo a la muerte definitiva o el miedo a olvidar totalmente al muerto generan en las sociedades humanas que creen en la existencia de otra vida, una angustia no sólo frente al daño que éstos nos pueden causar, sino que si no nos acordamos de ellos, éstos y nuestros descendientes tampoco se acordarán de nosotros. El culto a los muertos es, entonces, un mecanismo para “estar yo tranquilo y tener tranquila mi conciencia” frente al olvido definitivo que trae consigo la muerte [Villa, 1993: 123].

Ese miedo a la influencia de los muertos sobre los vivos, el cual deviene acciones para reconfortar a los espíritus, también puede pensarse como una práctica para evitar el olvido. Los muertos, dice Villa, sobreviven por su descendencia —hijos, nietos— y por la intención de mantener vivo su recuerdo.

### *Conclusiones*

La descripción del ritual de los animeros en las parroquias de Guanando y La Providencia, Ecuador, plantea preguntas que pueden ser el inicio para futuras investigaciones que permitan entender de mejor manera esta práctica. Dos de las preguntas propuestas en el texto fueron: ¿cuál es el origen de los animeros en Ecuador? ¿Cómo ha cambiado la práctica con el paso del tiempo?

Además, la narración de la misma permite un acercamiento a los mecanismos de coexistencia de prácticas populares con otras religiosas y oficiales, en un marco donde no siempre se encuentra presente un sacerdote, debido a que ambas parroquias

tienen poca población. Estos espacios de convivencia invitan a pensar en los animeros como en una autoridad espiritual paralela en torno a la devoción de las almas.

El reconocimiento que obtienen por parte de la comunidad y los relatos en que resultan protegidos por las almas dan pie para considerarlos más que unos “servidores”, como ellos mismos se nombran.

La figura de los animeros puede considerarse como un nexo entre los vivos y los muertos, pues, de acuerdo con la tradición, ellos llevan tras sí a las almas que despertaron del cementerio para reencontrarse con los vivos, los cuales les ofrecen una oración por su descanso. Es decir, se trata de personajes fronterizos en quienes la religiosidad popular ha encontrado un mecanismo para evitar el olvido de los muertos.

### *Bibliografía*

- LÓPEZ, Paola, entrevista con Jaime Álvarez, Guanando, 1 de noviembre de 2014 y 2 de noviembre de 2015.  
\_\_\_\_\_, entrevista con Nahin Mazón, Guanando, 1 de noviembre de 2014 y 1 de noviembre de 2015.  
\_\_\_\_\_, entrevista con Vicente Montero, La Providencia, 28 de noviembre de 2015.  
\_\_\_\_\_, entrevista con Francisco Ocaña, Guanando, 1 de noviembre de 2014.  
PEÑA, Daniela, *Los cantos de difuntos en la religiosidad de las comunidades afro de Caldera y Changuayacu, valle del Chota, Ecuador*, Quito, Universidad Politécnica Salesiana, 2012.  
PETERS, Federica, *Sobre-vivir a la propia muerte: salves y celebraciones entre muerte y vida de las comunidades afro-ecuatorianas en la cuenca del Mira-valle del Chota en su contexto histórico y espiritual*, Quito, Abya Yala, 2005.  
VILLA POSSE, Eugenia, *Muerte, cultos y cementerios*, Bogotá, Disloque, 1993.